

Yo deshojo mi rosa  
 por la inmortalidad de tu canto  
 en la tierra extremeña.  
 Por «El Ama» y «El Cristu Benditu»;  
 por el gañán y los pastores  
 con migas y tonadas.

Por «La espigadora», «Venus de bronce»,  
 «El Pavero y la Pavera»,

por los enigmáticos capullos de amapolas  
 que mayo acuna en los trigales,  
 como las madres acunan a sus niños.

Por «El Embargo».

Por la Extremadura de tus versos;  
 sus costumbres serias  
 su Fe honda.

Por ti, hombre bueno.

Caballero.

Poeta.

Por ti y, en sacrificio, esta mañana,  
 pétalo a pétalo,  
 yo deshojo mi rosa.

GREGORIA COLLADO

Cada uno de los trabajos, en prosa o en verso, que preceden, fue leído por su autor, ante el monumento erigido en nuestro Paseo de Cánovas, al egregio poeta Gabriel y Galán.

## CIENCIA-FICCION

# EL CATACLISMO

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS



El Observador Astronómico recibió la llamada del Centro Superior. Todos los datos que le proporcionaban sus múltiples antenas habían sido ordenados y clasificados e instantáneamente comunicó su resultado: todo marchaba bien en su universo. Era un trabajo de rutina, exacto y venía ocurriendo así desde siempre, desde que fue creado por los Seres Superiores. El Observador Astronómico era una maravilla electrónica, una compleja máquina, un supercerebro y un centinela infalibles. A su modo, desde el momento de tener conciencia de su vida, el Observador Astronómico amaba aquel mundo maravilloso, cuyas leyes inmutables vigilaba. A través de sus antenas les eran familiares todas las cosas de aquel mundo. Sabía que tenía su vida anclada en el mejor de los universos, en el más hermoso de los planetas... Sus montañas eran de un rojo violáceo, exquisitamente bello y tan maligno que producía estremecimientos hasta causar la muerte... Aquellas tierras estaban despobladas de vida, sin animales. Sólo los Seres Superiores – sus creadores – habían sabido protegerse. Los mares, densos y plateados, también le entusiasmaban. Emitían vapores venenosos, blancos, de mágicos resplandores, que los Seres Superiores habían aprisionado y les servían de luz. La misma luz que iluminaba el planeta, dándole un fantasmagórico encanto. Pero lo que más le atraía era el cielo. Un cielo negro, como terciopelo siniestro de mortaja, donde brillaban en sus órbitas los ochenta satélites del planeta.

Era la parte que mejor comprendía, la que más amaba su corazón cibernético. Ochenta satélites, iguales y exactos, repartidos en seis órbitas. La más cercana sólo tenía dos, igual que la más alejada; las cuatro interiores, 8, 18, 32 y 18. Los veía pasar y le enviaban sus datos, invariablemente exactos, marchando de acuerdo con las leyes inmutables de la fuerza gravitatoria del planeta.

También el submundo era digno de admiración, cada satélite tenía allá en el fondo interno del planeta una fuerza misteriosa que lo encadenaba y dirigía... Ochenta poderes que eran los guardianes del equilibrio...

Desde siempre venía ocurriendo así. Almacenaba las informaciones, las ordenaba, hacía con ellas a velocidades de milésima de segundo, operaciones complicadas y engorrosas, y cuando la orden del Centro Superior llegaba el Observador Astronómico comunicaba orgullosamente sus resultados, sin la menor duda, sin el mínimo error, a sus superiores.

A veces, el Observador Astronómico, aun creyendo en el absoluto e ilimitado cerebro de los Seres Superiores, pensaba, si su trabajo de vigilante del espacio no era sino un gasto superfluo de energía, un lujo de aquella civilización superdesarrollada, temerosa de que tal vez otros seres inteligentes les atacaran desde mundos más adelantados que el suyo.

Sin embargo, aquel día sus dudas empezaban a desvanecerse... y una sensación jamás experimentada empezaba a invadirle... Aparentemente todo marchaba igual... Los ochenta satélites en sus órbitas respectivas seguían sus leyes matemáticas... Los magnetismos de las montañas y de su núcleo central, seguían normales, las fuerzas eléctricas también, las presiones y temperaturas igualmente... Pero a pesar de todo algo se estaba preparando, lo más íntimo de su organismo se lo advertía, hasta pensó, en su orgullo de máquina superior, que ésta nueva y rara sensación fuese, tal vez, la misma angustia que a veces sentían sus creadores los Seres Superiores de cerebro fisiológico y de espíritu inmaterial, casi siempre víctimas de horribles enfermedades. El Observador Astronómico recapacitaba, tal vez él, como máquina superior tan desarrollada, fuese como un estadio intermedio entre los Seres Superiores y los Seres Materiales. Pero la sensación era horrible, de miedo ante lo desconocido, de incapacidad de huida, de sacrificio inevitable. También podía ser una descomposición de su mecanismo. Las máquinas no pueden ser eternas, envejecen, como los Seres Superiores y tienen sus enfermedades los desajustes, las roturas... El Observador Astronómico era una máquina joven y poderosa que llevaba lustros marchando armoniosamente, sin el menor fallo, pero la muerte acecha a todo el mundo y habría que rendirse a la evidencia.

La sensación del peligro debía ser subjetiva, no pasaba nada y ante este razonamiento pareció calmarse...

Poco después, el peligro imaginado pareció concretarse. La alar-

ma llegó de uno de los dos satélites de la órbita más exterior. La información obtenida era alarmante. El satélite propugnaba por huir de su órbita, por huir alocado a otros mundos. Desde el núcleo del planeta la fuerza que dominaba al satélite indisciplinado se resentía y amenazaba todo el edificio planetario.

Ya el Centro Superior inquiría datos. El Observador Astronómico contestó apresurado: era una lucha titánica entre el satélite que quería independizarse y la fuerza nuclear que lo retenía codiciosamente... La máquina confiaba que los Seres Superiores solucionarían este desajuste, que el problema sería resuelto instantáneamente. La nueva comunicación con el Centro no trajo la deseada solución, seguían pidiendo datos. Era evidente que la situación era tan inesperada y tan extraña que todos estaban aterrados... Los campos magnéticos empezaban a variar, las órbitas planetarias se descomponían y las temperaturas subían alarmantemente, los mares de pesado líquido se contraían todavía más...

Luego el cielo de impenetrable azabache se abrió con un resplandor infernal de color amarillo rojizo, vibró un estruendo jamás imaginado, horrible, como un eco al siniestro relámpago... El planeta crujió en sus cimientos con un alarido demencial inolvidable...

El cataclismo duró menos de un segundo. Impertérrito el Observador Astronómico seguía recibiendo datos. El Centro Superior no comunicaba. Los Seres Superiores habían desaparecido todos, como antaño la vida en los mares y montañas. El Observador Astronómico rastreó con sus antenas el mundo querido. Las adoradas montañas violadas eran picachos amarillos metálicos, refulgentes y brillantes. Los bellos mares blancos, de líquido denso se habían solidificado en absurdas formas geométricas cristalinas, de superficies cuadradas, y eran amarillos, fuerte y odiosamente amarillos como las montañas, como los valles, como los satélites allá en lo alto..., que ahora no eran ochenta como habían sido siempre, sino setenta y nueve. En la última órbita exterior un solo satélite paseaba su soledad triste, añorando al hermano que se desgajó de su órbita...

\* \*

Aquel venturoso día del año 1941, la famosa universidad de Harvard, célebre en todo el mundo por rigor científico, vivía una fecha memorable. Dos heroicos hombres, los profesores Sherr y Bainbridge, eran los responsables de aquel suceso. Discípulos de Rutherford, que el año 1919 había conseguido transmutar átomos de nitrógeno

en oxígeno a base de inyectar al núcleo del átomo de nitrógeno partículas alfa procedentes de una varilla de polonio. Siguiendo sus pasos Sherr y Bainbridge habían elegido para sus ensayos el átomo de mercurio. Habían bombardeado su núcleo con neutrones a fortísimas velocidades. El resultado estaba ahora en el fondo del crisol resplandeciente.

El plateado mercurio había desaparecido, en su lugar, una minúscula partícula de oro puro demostraba que toda la teoría de la transmutación de los metales era exacta; los sueños de aquellos visionarios alquimistas de la Edad Media se habían convertido en concreta y aterradora realidad.



## Puente de Alcántara

Viejo puente románico  
sobre el abismo tendido  
que firme e inmovible  
desafía a los siglos.

Tus sillares pregonando  
de siempre hasta lo infinito  
las glorias de las legiones,  
que con pendones altivos  
al mundo entero domaron  
con su cultura y su mito.

¡Ay si pudieseis hablar  
piedras pardas de prodigio,  
las grandes y épicas gestas  
relegadas al olvido!

¡Cuántos esclavos, cuántos  
trabajaron con ahinco  
hasta coronar el Arco  
de Triunfo, que fue motivo  
para que el mármol hablase  
a los venideros siglos  
de aquel español ilustre  
por TRAJANO conocido!

Mis ojos mudos contemplan  
aquel colosal prodigio

ALBA DE TERCIA, ARCA DE TRIUNFO, PUENTE DE ALCÁNTARA